

La otra gran superpotencia

Reflexiones tras el Foro Social Mundial de Nairobi

Suplemento del Cuaderno núm. 147 de CiJ - (n. 183) - Mayo, 2007
R. de Llúria, 13, 08010 Barcelona - tel. 93 317 23 38, fax 93 317 10 94
info@fespinal.com - www.fespinal.com

Nairobi ha acogido este año la séptima edición del Foro Social Mundial (FSM). Más de 50.000 personas se congregaron en la capital kenyata para abordar los principales problemas internacionales, debatir alternativas y estrategias, y seguir tejiendo la extensa red de los movimientos sociales mundiales. Esta “otra gran superpotencia”, como así ha sido bautizada, ha vuelto a plantar cara un año más a lo que las principales empresas, jefes de Estado y grandes fortunas decretan desde hace varias décadas en el Foro

Económico Mundial que tiene lugar en Davos (Suiza).

Desde su inicio en Porto Alegre (Brasil) en el año 2001, el FSM ha demostrado su poder e impacto al movilizar a decenas de miles de personas en muchas partes del planeta y consolidar su máxima de que “otro mundo es posible”. Nairobi ha significado un nuevo impulso en la construcción de este espacio planetario contra las injusticias sociales que pretende ser el FSM. Asimismo, el hecho de que el continente africano haya alber-

gado por primera vez un encuentro unitario supone una buena noticia para África, sus sociedades y el mundo entero. No obstante, después de más de un lustro de vida, el Foro parece encontrarse inmerso en un proceso de búsqueda de identidad que suscita varios interrogantes y dilemas.

“¡Viva, África, viva!”

Con esta famosa proclama del que fuera Presidente de Mozambique, Samora Machel, daban comienzo cinco días de talleres, conferencias, manifestaciones y celebración en Nairobi. África y sus gentes han logrado inundar de colores, ideas, cosmovisiones y reivindicaciones el séptimo encuentro del FSM, convirtiéndose, sin lugar a dudas, en la gran protagonista. El continente se ha presentado a los movimientos sociales de otros lugares, y en definitiva, al mundo entero, como un conjunto de sociedades vivas, activas, resistentes y propositivas.

No se trata tampoco de caer en mitificaciones desatinadas. Es difícil definir lo que por sociedad civil se entiende en África, y más complejo saber la verdadera fuerza e impacto de los movimientos sociales africanos en los procesos de transformación actuales. Lo que queda claro es que África se mueve con el mundo, y el mundo con África. Es más, que África necesita del apoyo incondicional de las sociedades de todo el mundo, y que, sin este continente, ningún otro mundo es posible.

Así pues, es vital demostrar que existe una África que se mueve y resiste a su realidad sufriente, y a la vez denunciar las aberrantes injusticias que sufre un buen número de personas en esta parte del planeta. Nos recordaba la escritora maliense, Aminata Traoré, una de las principales fi-

guras del “altermundismo” africano: “África no es pobre, África ha sido empobrecida, y aún podría empobrecerse más”. Y en Nairobi, a siete kilómetros de donde se celebraba el Foro, estaba Kibera, la “fabela más grande de África”, para recordármolo. Más de 700.000 personas viven hacinadas entre chozas de barro, madera y chapa, sin apenas ningún tipo de servicios básicos y con un 35% de prevalencia del virus del sida. En total, 1.600.000 personas “viven” en este tipo de tugurios miserables (el 60% de la población kenyata), ocupando sólo el 5% del territorio.

Kibera y la marcha final de 16 kilómetros recorriendo algunas de estas realidades dieron pleno sentido a todo el encuentro. Ciertamente, es más urgente que nunca organizarse contra este “sistema de apartheid económico mundial” que condena a tantos millones de personas a la pobreza extrema y a la indignidad humana, especialmente en el continente africano.

De la protesta y la propuesta a la coherencia

Si en algo se ha caracterizado el FSM durante todos estos años es en su capacidad de articular alternativas (viables) al sistema económico y político actual. Desde la reforma profunda de Naciones Unidas y las organizaciones financieras internacionales, hasta la eliminación de los paraísos fiscales o la fiscalización de los capitales internacionales (Tasa Tobin), pasando por la famosa condonación de la deuda externa.

Además, el FSM ha sido un hervidero constante de campañas movilizadoras contra la privatización de los recursos naturales, el proceso de rearme mundial liderado por EEUU, las injustas reglas co-

merciales impuestas por la OMC, las violaciones de los derechos laborales de las multinacionales, las agresivas iniciativas de libre comercio como la del ALCA en América Latina o los crecientes crímenes ecológicos. Igualmente, del Foro surgieron la histórica movilización coordinada en 2003 a favor de la paz y contra la guerra, y la exitosa Campaña mundial contra la pobreza, lanzada en 2005.

Las propuestas, y no sólo las protestas, están encima de la mesa. Es necesario, por lo tanto, seguir tejiendo redes y complicidades entre movimientos sociales para obtener una mayor fuerza e impacto que permita doblegar a la perenne falta de voluntad política y a la codicia y al poder del dinero. La implementación de los Objetivos de Desarrollo del Milenio lanzados en el año 2000 por Naciones Unidas (que pretendían reducir las desigualdades para el año 2015) o los compromisos efectuados a bombo y platillo por los integrantes del G-8 respecto a la cancelación de la deuda, son, a día de hoy, un vergonzante espejismo.

No obstante, “la transformación de la sociedad no es posible sin la transformación del individuo”. Esta máxima subrayada por algunos durante el transcurso del foro es una llamada inminente a la coherencia entre teoría y praxis. Si las sociedades y, por ende, los individuos del norte, no estamos dispuestos a aceptar una pérdida de privilegios, a renunciar a un determinado nivel de consumo, a solidarizarnos con los hechos desde nuestra cotidianeidad más invisible, todas las palabras, las protestas y las propuestas caerán en saco roto.

En este sentido, la antigua iniciativa de aprobar una “Carta de responsabilidades humanas”, que se sitúe al mismo nivel que la “Declaración Universal de los Derechos Humanos” y la “Carta de

Naciones Unidas”, cobra una vigencia absoluta. Dicha carta pretende servir de fundamento para un nuevo pacto social que defina nuevas reglas, aplicables por cada medio social y profesional en sus relaciones con la sociedad. Pretende ser, a la vez, un marco de referencia para la conducta personal y el fundamento de un marco político, institucional y jurídico. Enfatiza, por lo tanto, la apremiante necesidad de que derechos y deberes vayan estrictamente de la mano.

“Otro mundo es (necesariamente) posible”

A pesar del notable éxito que Nairobi ha supuesto, corren ciertos aires de incertidumbre respecto al futuro del Foro. Seis años después, algunos consideran que el FSM ha perdido su fuerza y que gran parte de su contenido se ha vuelto irrelevante. Otros afirman que el encuentro se ha convertido en una gran “feria de organizaciones sociales”, en las que las más poderosas se han hecho con el timón del barco, evidenciando la dificultad de integrar a todos los sectores sociales. Otros tantos señalan la preocupante falta de autocritica cuando se asumen sin ambages ciertos postulados procedentes de Cuba o de Venezuela.

Asimismo, desde hace un tiempo se ha puesto de manifiesto el conflicto interno entre las diferentes visiones acerca de su rumbo. En frente de aquellos que consideran válida la marcha del proceso y que defienden su horizontalidad, ritmo y pluralidad, se sitúan los que le achacan una cierta falta de pragmatismo político y la definición de una agenda que permita penetrar en las decisiones institucionales.

La resolución exitosa de este debate se presenta como algo fundamental en el devenir del proceso. Si bien el FSM ha lo-

grado en un período muy corto de tiempo consolidarse como un espacio referente de creación de conciencia e intercambio, erigiéndose como un claro síntoma del proceso de democratización y de transformación mundial que está por llegar, enfrenta igualmente el riesgo de morir de éxito, autocomplacerse y obviar la necesidad de “repensarse constantemente”, como sugería el sociólogo portugués Boaventura Santos.

Al mismo tiempo, el FSM y los movimientos sociales tienen por delante el gran reto de seguir siendo “levadura crítica” en las diferentes sociedades, cautivadas, más que nunca, por el credo neoliberal del individualismo y el consumismo.

Sea como fuera, la validez del proyecto altermundista en un mundo que,

en palabras de Jean Ziegler, “vive amenazado de muerte”, es absoluta. La incesante agudización de las injusticias sociales, sumada a la crisis de valores, al sentimiento de desesperanza y al menoscabo de la democracia hacen imperante la necesidad de vertebrar la idea de que “otro mundo es necesariamente posible”. El FSM y los movimientos sociales, aún con sus dificultades y contradicciones, son la mejor de las esperanzas. “Pocos podemos hacer la diferencia”, sentenciaba la Premio Nobel de la Paz kenyata, Wangari Mathai, en las postrimerías del encuentro. Muchos, en este momento histórico de la humanidad, podemos cambiar el mundo.

Oscar Mateos, miembro del Equipo
de Cristianisme i Justícia